EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CAUSAS CRIMINALES

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1886.

16

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Á casa... que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¿Central?	1	Adolfo Llanos	»
En la pendiente	1	F. Javier Santero	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	»
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
La doctoresse	3	Ferrier y Boccage	»
La huella del crímen	3	Rossendo Arus	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artal	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

ZARZUELAS.

Chin-Chin	1	Sres. Perrín, Palacios y Nieto.	L. y M.
De Lavapiés á Galicia	1	Arango y Viaña	L. y M.
El club de los feos	1	Perrín y Palacios	L.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M.
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
La Lolilla ha parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tula	1	Rafael Taboada	M.

CAUSAS CRIMINALES

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Representado por primera vez en el Teatro de LARA el dia 13 de Abril de 1886.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5467.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1886.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.....	Sras. Romero.
DOÑA BLASA.....	Valverde.
LA MICA.....	Mavillard.
JAVIER.....	Sres. Ruiz de Arana.
DON JUDAS.....	Balada.
DON LEONCIO.....	Galván.
EL GANCHO.....	Tamayo.
PORTERO.....	Tojedo.

Esta obra es propiedad de DON FLORENCIO FISCOWICH, y nadie, sin su permiso, podrá reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada EL TEATRO, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Despacho de un abogado. Puerta al foro y laterales. En la mesa bufete los accesorios característicos de la profesión y una bandeja con botella y copas para agua. Chimenea en una lateral.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA y JAVIER.

Saliendo los dos por la primera izquierda, disputando.

MARG. No lo puedo tolerar
y voy á romper por todo.
Si seguimos de este modo
yo me voy á divorciar.
JAVIER. Hija mía, considera...
MARG. Que no considero nada.
JAVIER. Pero si estás ofuscada...
MARG. No admito disculpa.
JAVIER. Espera.
MARG. Inútil es todo ya,
y convencerme no intentes.
Ó buscas otros clientes
ó me voy con mi mamá.
JAVIER. Venga usté acá... (Meloso.)

724416

MARG. ¡Qué fastidio!
JAVIER. ¿Para quién trabajo yo?
MARG. Si es que esto no es casa, no;
si es el patio de un presidio.
¡Qué gentes! ¡Dios nos asista!
JAVIER. No son niños de la escuela;
pero así es la clientela
de todo criminalista.
MARG. Tu bufete es el vestíbulo
de la cárcel.
JAVIER. Eso sí;
y algunos salen de aquí
para subir al patíbulo.
MARG. ¿Lo estás viendo?
JAVIER. Sí, es verdad.
Pero brillo de esta suerte.
La de los reos de muerte;
esa es mi especialidad.
(Animándose gradualmente.)
¿Y qué más noble destino
que ejercitar la elocuencia,
proclamando la inocencia
de un ladrón ó un asesino?
¿Arrancarle al férreo yugo
de cadena envilecida,
devolvérsele á la vida
robándosele al verdugo,
y probar, en conclusión,
que el reo que está delante
es un infeliz, no obstante
lo de asesino ó ladrón?
MARG. Pues yo no puedo aprobarlo.
JAVIER. Pero es porque no lo entiendes.
MARG. Si reo que tu defiendes
no queda para contarlo.
JAVIER. Todo criminal de bulto
tiene en mí su defensor.
¿Qué le condenan? Mejor,
así gestiono el indulto.
Que me traiga y que me lleve
la prensa es lo que pretendo,
é irá mi fama creciendo

como la bola de nieve.
Que hablen de uno bien ó mal
es lo interesante aquí;
y tienen que hablar de mí
al hablar del criminal.

MARG. Pero ¿qué ganas con eso?

JAVIER. Exhibirme, presentarme,
y lo que es más, prepararme
un escaño en el Congreso.
Así, sin tréguas ni pausas,
mientras me afilio á algún bando,
tengo que irme acostumbrando
á defender malas causas.

MARG. Perdóname que te arguya...

JAVIER. Dí lo que quieras, mujer.

MARG. ¿No vale más defender
la inocencia?

JAVIER. Esa es la tuya.
Inútil es defenderla
en todo caso, porque,
como al sol, quien no la ve
es porque no quiere verla.

MARG. Sin embargo...

JAVIER. Nada, nada...
Conque no prediques más
y ya verás. ya verás
qué pronto eres diputada.

MARG. ¿Y ministra?

JAVIER. Si me alienta
tu cariño, es evidente:
llegaré hasta Presidente
del Consejo.

MARG. ¡Presidenta!
Si lo fuera...

JAVIER. ¿Ya consientes?

MARG. Con razón de tanto peso...
Pero no pierdo por eso
el horror á tus clientes.

JAVIER. Vaya; ten dinero.

MARG. ¿Mucho?

JAVIER. Bastante. Es la recompensa
de una brillante defensa.

Para tí todo el cartucho.

MARG. Pesa bien....

JAVIER. Hay dos mil reales
en oro, de un defendido
para el cual he conseguido
la absolución.

MARG. ¡Cuánto vales!

JAVIER. Como á falso monedero
le acusó rudo el fiscal,
y yo probé al Tribunal
que era todo un caballero.
Hoy tengo otro informe.

MARG. Y vas...

JAVIER. Tengo que ir á las Salesas.
¡Y qué causa! Es una de esas
más difíciles y más...
Figúrate... (Campanilla.)
¡Qué importuno
campanillazo!

MARG. (Con miedo.) Javier...
si será alguno...

JAVIER. Mujer:
por fuerza ha de ser alguno.

MARG. Á ver... (Mirando por la puerta del foro)
¡Dios santo! ¡Qué horror!
No ví nunca facha igual.
De fijo es un criminal.

JAVIER. Pues es un Procurador. (Vase Magarita.)

ESCENA II.

JAVIER y D. JUDAS.

JUDAS. (Desde la puerta.)
¿Está seguro el gabán
en ese recibimiento?

JAVIER. ¡Hombre!...

JUDAS. Como vienen tantos,
y entre tantos, pocos buenos...

JAVIER. ¡Siempre de humor!

JUDAS. Si usted viera

el que hoy traigo...

JAVIER. ¿Triste?

JUDAS. Negro.

JAVIER. ¿Qué le pasa á usted?

JUDAS. Me pasa...
Yo soy algo mujeriego...

JAVIER. Algo... y aun algos.

JUDAS. Pues bien;
aquí mismo, en el tercero,
vive sólo hace dos días,
un matrimonio, un portento
de belleza la señora,
de barbárie el caballero.
Yo soy, era, mejor dicho,
su apoderado, y...

JAVIER. Comprendo.

JUDAS. Como él me otorgó poder
general, ámplio y extenso...

JAVIER. Quiso usted apoderarse
de la mujer.

JUDAS. Con efecto.

JAVIER. Pero, don Judas...

JUDAS. Por más
que lo procuro, no puedo
remediarlo; ese es mi flaco.
Pues, continuando mi cuento,
me ha sorprendido el esposo,
que es un león por lo fiero,
á los piés de su consorte
como un Tenorio perfecto.

JAVIER. ¿Y doña Inés?

JUDAS. En su honor
sea dicho, ni un momento
vaciló. Traigo en la cara
las señales de sus dedos.

JAVIER. ¡Que un curial como usted ande
á salto de mata!

JUDAS. Cierto
que no está bien; pero, amigo,
yo soy como Dios me ha hecho.
Luego, me provocan ellas. (Javier se ríe.)
Como usted lo oye; no miento.

JAVIER. ¿Presume usted de Tenorio?
siendo tan... vamos...
JUDAS. ¿Tan feo
quiere usted decir? Pues, hijo,
precisamente por eso.
Á las mujeres les gusta
todo lo raro en extremo.
JAVIER. Si es por raro, sí tendrá
usted un partido inmenso.
¿Y qué piensa usted hacer?
JUDAS. Ponerme en salvo primero,
y después ya se verá
lo que proceda en derecho.
¿Usted tiene aquí utensilios
para afeitarse?
JAVIER. Los tengo.
JUDAS. ¡Magnífico!
JAVIER. ¿Qué pretende?
JUDAS. Sacrificar al momento
las patillas. Necesito
disfrazarme por completo
para salir, por si acaso
me espera el otro en acecho.
JAVIER. Pues ahí tiene usted de todo
lo necesario.
JUDAS. Lo acepto;
pero necesito más.
Si tuviera usted un terno
claro, muy claro...
JAVIER. Ahí hay uno,
pero malo, de desecho.
JUDAS. Mejor que mejor. Ahora
en un instante me afeito
y cambio de ropa. ¿Usted
vá á salir?
JAVIER. Ya estoy haciendo
falta en las Salesas.
JUDAS. ¿Cómo?
¿Tiene vista?
JAVIER. Sí.
JUDAS. Me alegro.
Pues le llevaré la toga

como si fuera un doméstico.
JAVIER. Perfectamente.
JUDAS. Despacho,
ya verá usted, en un credo.
JAVIER. Y no vuelva á las andadas.
JUDAS. Le juro á usted que no vuelvo
aunque me den los poderes
más ámplios y más extensos.
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II.

JAVIER y D. LEONCIO.

JAVIER. ¡Qué demonio de don Judas!
LEONCIO. ¿Se puede?
JAVIER. Adelante. ¿Quién?
LEONCIO. ¿Es usted el licenciado
señor Ruiz de Pimentel?
JAVIER. Servidor de usted.
LEONCIO. Mil gracias.
Pues yo, señor don Javier,
con su permiso... (Sentándose.)
JAVIER. Usté es dueño...
LEONCIO. (Bajando la voz)
Vengo á consultarle á usted
sobre un asunto muy grave.
JAVIER. Usted dirá... (Sentándose.)
LEONCIO. Sí diré.
¿Usted es casado?
JAVIER. Sí.
LEONCIO. Pues le engaña su mujer.
JAVIER. ¡Caballero! (Levantándose.)
LEONCIO. De seguro.
JAVIER. Pruebas... pruebas.
LEONCIO. ¿Para qué?
Yo no necesito verlo.
¿Para qué lo quiero ver?
Para presumirlo basta
con saber que es hembra... ¡pues!
JAVIER. ¿Y no tiene usted más pruebas?
LEONCIO. Una tengo.

JAVIER. Á ver, á ver...
LEONCIO. Que á mí me engaña la mía.
JAVIER. Esa no es razón.
LEONCIO. ¿No, eh?
¿Pues acaso todas ellas
no son del mismo jaez?
JAVIER. Basta, caballero.
LEONCIO. Aún
no he empezado.
JAVIER. Pero es que...
LEONCIO. Tiene usté el deber de oirme
en consulta.
JAVIER. (Volviendo á sentarse.) Es mi deber.
LEONCIO. Yo vivo aquí en el tercero
hace dos días.
JAVIER. (¡Es él!)
LEONCIO. Y tengo un procurador...
JAVIER. Don Judas.
LEONCIO. ¿Lo sabe usted?
JAVIER. Adelante.
LEONCIO. Y hace poco
le he sorprendido á los piés
de mi esposa.
JAVIER. (Si don Judas
sale ahora... ¡qué Babel!)
Dispénseme usté un instante.
(Yendo á la lateral por donde entró don Judas.)
Don Judas... don Judas...
JUDAS. (Dentro.) ¿Eh?
JAVIER. Que está aquí el marido.
JUDAS. ¡Diablo!
JAVIER. Es á mi pasante... ¿Y bien?
LEONCIO. Él se me ha escapado; pero
donde le llegue á coger...
Mientras, me las ha pagado
ella, por ella y por él.
JAVIER. (¿Qué habrá sido de ella?)
LEONCIO. Ahora
lo que deseo saber
es lo que puedo hacer dentro
de la esfera de la ley.
¿Les puedo echar á presidio?

JAVIER. No señor; no puede usted.
La querella es imposible
por falta de pruebas.
LEONCIO. (Levantándose.) ¿Qué?
¿Le parece á usted que es floja
la prueba?
JAVIER. Además, tal vez,
¿qué tal vez? Seguramente
no ha faltado su mujer.
LEONCIO. No le busco yo á usted para
la defensa de la infiel.
JAVIER. Repito que es imposible
toda acción.
LEONCIO. Pues así es,
esperaré cauteloso
mejor fortuna otra vez.
¿Pruebas, eh? No han de faltarme.
Ya verá, ya verá usted. (Vase.)

ESCENA IV.

JAVIER y DOÑA BLASA.

JAVIER. ¡Gracias á Dios! Ya era hora.
BLASA. ¿El señor de Pimentel?
JAVIER. Servidor de usted, señora.
BLASA. Con su permiso... ó sin él. (Sentándose.)
JAVIER. ¡Me gusta la sans façon!
BLASA. Soy doña Blasa Monforte,
natural de Belinchón
y vecina de la corte.
JAVIER. Bien.
BLASA. Présteme usted oído.
JAVIER. Explíquese usted. (Sentándose.)
BLASA. Al punto.
Pero, hombre, ¡qué parecido
es usted á mi difunto!
Á ser más chicos sus ojos
y más pobladas sus cejas,
y sus bigotes más rojos
y más grandes sus orejas,
y más obeso, y más chato,

y encogido y chiquitín,
era usté el vivo retrato
de mi pobre Valentín.
Pero, usted dirá impaciente:
¿á qué viene esta mujer?

JAVIER. Eso digo, justamente.

BLASA. Pues lo va usted á saber:
no vaya á formar de mí
opinión errónea y mala,
pues aunque me ve usté así
no soy una criminala.

JAVIER. Al asunto.

BLASA. De corrido:
sí, señor, voy al asunto.
Pero, hombre, ¡qué parecido
es usted á mi difunto!

JAVIER. ¡Dale!

BLASA. Si no fué eminente,
tampoco era ningún payo,
que era víctima-pariente
todos los doses de mayo.
Y hay en mi familia dos
veteranos de la mar;
los dos últimos de los
últimos de Trafalgar.

JAVIER. Á la cuestión.

BLASA. La cuestión
es que tengo un yerno.

JAVIER. Bueno.

BLASA. ¡Qué bueno, si es más bribón
que Carracuca! El veneno
que me ha hecho tragar á mí,
el grandísimo tunante...
Él, aunque reside aquí,
es oriundo de Cascante,
y en su juventud ha sido
Registrador de Sagunto...
¡Pero, hombre, ¡qué parecido
es usted á mi difunto!

JAVIER. ¡Señora!...

BLASA. Pues este yerno
que es gran alumno de Baco,

ha convertido en infierno
un hogar paradisiaco.
La culpa es de un don Gaspar
que tuvo varios destinos,
según él, en Ultramar;
para mí, en ultramarinos.
Un vejete empalagoso,
sin principios, ni conciencia.

JAVIER. Un momento.

BLASA. ¿Qué?

JAVIER. ¿Su esposo
tenía mucha paciencia?

BLASA. Tenía tanta, que yo
nunca le ví cejijunto.

JAVIER. Pues en eso sí que no (Levantándose.)
me parezco á su difunto.

BLASA. ¿Qué me quiere usted decir?

JAVIER. Hablando con claridad:
que ya me canso de oir
tanta insustancialidad.

BLASA. Caballero: usted me insulta.

JAVIER. No, señora, no la insulto.
Ó se ciñe á la consulta
ó me hará escurrir el bulto.

BLASA. Me ceñiré.

JAVIER. (Sentándose.) Siendo así...

BLASA. Desde que se dió á beber
mi yerno, está mal de aquí;
(Señalando la frente.)
y lo paga su mujer.
Busca riña con mi niña,
pero la busca sin fruto;
y no queriendo ella riña
se encara conmigo el bruto.
Y me saca de mi centro,
y me mata y me encocora...
Si usted me viera por dentro...

JAVIER. No lo quiera Dios, señora.
Así resultó el domingo:

BLASA. Trás de pasarse el bribón
toda la noche de pingo
tuvimos una cuestión

con el estribillo eterno
de insultos y dicharachos.

JAVIER. ¿Y qué resultó?

BLASA. Mi yerno
con la cabeza en dos cachos.

JAVIER. ¡Pues es una friolera!

BLASA. Fué una chanza, una caricia
que no merece siquiera
la atención de la justicia.

JAVIER. ¿Con qué le dió usté al herido?

BLASA. Con una mano...

JAVIER. ¡Pardiéz!
Diga usted: ¿con cuál ha sido?

BLASA. Pues... con la del almiréz.

JAVIER. ¡Acabáramos!

BLASA. Sus quejas
atrajeron á la gente;
y llegaron dos parejas
de la prevención de enfrente.
Para abreviar...

JAVIER. Eso, eso.

BLASA. Que solo por una chanza
estoy sujeta á un proceso
y libre bajo fianza.
Necesito un defensor;
y sabiendo que es usté
de lo bueno lo mejor.

JAVIER. Muchas gracias.

BLASA. No hay de qué.
Con el alma hecha pedazos
imploro su protección,
y vengo á echarme en sus brazos.

ESCENA V.

DICHOS y MARGARITA.

MARG. ¡Me gusta la pretensión!

BLASA. ¡Eh! (Levantándose.)

JAVIER. (Id.) Mi esposa... una cliente.
(Se saludan. Margarita con frialdad.)
Pues bien; tomo su defensa
desde el momento presente.

BLASA. ¡Qué fortuna tan inmensa!
Ya no me inspira el presidio
ningún cuidado. ¡Ay, señora!
No sabe usted cuanto envidio
su ventura. Servidora.
¿Conque puedo ir sin temor
de un veredicto funesto?
JAVIER. Confíe usted.
BLASA. Sí, señor.
JAVIER. Por mi parte, echaré el resto.
BLASA. Pues siendo así me despido
sin hablar más del asunto.
Pero, hombre, ¡qué parecido
es usted á mi difunto! (Vase.)

ESCENA VI.

JAVIER y MARGARITA.

JAVIER. Por fin.
MARG. ¡Si no puede ser!
Tú mismo lo has de dejar.
JAVIER. ¡Las once ya! Adios, querida.
MARG. ¿Pero al almuerzo vendrás?
JAVIER. No sé.
MARG. ¡Cómo! ¿No recuerdas
qué santo es hoy?
JAVIER. Es verdad.
¡Si es mi santo! Ya lo creo
que no faltaré á almorzar.
MARG. Yo saldré por un regalo.
En tu mesa lo hallarás
al volver.
JAVIER. ¡Hola! ¿Hay sorpresa?
¡Por vida del Tribunal!
Adios, nija.
MARG. Adios, Javier.
JAVIER. ¡Las once, las once ya! (Vase.)

ESCENA VII.

MARGARITA.

¿Le compraré una cadena?
Un alfiler será más
á propósito. ¡Dios santo!
(Al oir ruido primera izquierda.)
¡Otra vez! (Id.) ¿Quién andará?...
(Mira por la puerta.)
¡Cielos! ¡Un desconocido!...
¡Y se ocupa en registrar
el neceser de mi esposo...
y se ha puesto su gabán!...
No en balde me lo temía.
¡Vírgen santa! ¡Un criminal!...
(Sale D. Judas con mucha precaución, con terno y gabán claros, dejando conocer que no se han hecho para él, y llevando la bolsa característica de la toga, color rojo.)

ESCENA VIII.

DICHA y D. JUDAS.

JUDAS. Esta es la mía. Señora...
MARG. ¡Ay! (Cae desmayada.)
JUDAS. ¿Qué es esto? ¡Una beldad
que á mi vista se desmaya!
(Aproximándose.)
¿Si será... si no será?...
¡Y es guapísima!... ¡Canastos!
¡Qué tentación!
MARG. (Volviendo en sí.) Por piedad...
no se acerque usted.
JUDAS. (Acercándose.) Señora...
MARG. Por favor... ni un paso más.
Tome usted cuanto le plazca,
pero no me haga usted mal.
JUDAS. Pero usted, ¿por quién me toma?

MARG. Se le conoce en la faz...
aunque usted es... eso; usted
no es sanguinario, ¿verdad?
JUDAS. ¿Sanguinario? No, señora;
no lo soy... aunque curial.
MARG. Ya lo vé usted, no he pedido
socorro, ni... (¡Ay! Ojalá
pudiera.)
JUDAS. (Sonriendo maliciosamente.) (Me teme, vamos.)
MARG. No lo pediré. Además,
no se le hace resistencia
y mi marido no está...
JUDAS. (¡Es la señora de Ruiz!)
MARG. ¿Qué ha venido usté á buscar?
¿Es dinero? Aquí hay dinero.
Se lo lleva usted, y en paz.
JUDAS. ¡Señora! (Alzando la voz con indignación.)
MARG. No; no he querido
herirle en su dignidad.
Ya se ve á primera vista
que no es un ladrón vulgar.
JUDAS. ¡Yo ladrón!
MARG. ¡Qué disparate!
No, señor; usted no es más
(Dulcificando su voz y sonriéndole.)
que un amigo de lo ajeno
JUDAS. Justo; si lo ajeno es tal...
MARG. Por otra parte... la... pues...
digo... la necesidad...
Pero ya se lleva usted
ese terno y el gabán.
JUDAS. Pero, señora, entendámonos
de una vez, ó usted no está
muy bien de seso, ó soy víctima
de un *quid pro quo* á no dudar.
MARG. Pues, ¿quién es usted?
JUDAS. Yo soy,
como su esposo, un curial,
procurador del Colegio
de Madrid.
MARG. (¿Será verdad?)
Pero ese traje...

JUDAS. Este traje
es solamente un disfráz,
y me le prestó su esposo
para ayudarme á escapar
de un peligro. Ahí he dejado
la levita... y lo demás.
MARG. ¡Dios mío! (Avergonzada.)
JUDAS. ¡Y usted, señora,
me creía un criminal!
MARG. Vienen tantos...
JUDAS. ¡Caracoles!
MARD. Pero usted dispensará...
aunque usted no me juzgó
con mucha más caridad.
JUDAS. (Bien devuelta.) Yo, señora...
MARG. ¿Y esa toga?
JUDAS. ¡Voto á san!
Perdone usted. Me olvidaba...
y su marido estará
esperando.
MARG. (Aún no las tengo
todas conmigo.)
JUDAS. Jamás
me perdonaré este susto
que la he dado á mi pesar.
Señora; á los piés de usted.
MARG. Caballero...
JUDAS. (¡Es ideal!)
(Al volverse para salir tropieza con el Gancho, que en aquel momento aparece con la Mica. D. Judas, en el momento de encontrarse con aquél, estará de espaldas al público.)
¡Canario! (Al tropezar con el Gancho.)
GANCHO. Ustez disimule,
cabayero.
JUDAS. ¡Ganapán! (Vase.)

ESCENA IX.

MARGARITA, el GANCHO y la MICA.

GANCHO. ¿Está el señor deletrado?

MARG. No, señor.
GANCHO. ¿No? Pus lo siento.
MICA. Yo también.
MARG. Hace un momento
que salió.
GANCHO. Mal preguntado;
¿usted es su esposa?
MARG. Sí.
GANCHO. Pus es igual.
MICA. Es lo mismo.
GANCHO. (Caya *ú* te rompo el bautismo
cuando salgamos de aquí.)
Pus yo busco á don Javier,
que le quiero demostrar
que si no puedo pagar
al menos sé agradecer,
cuando me hacen un servicio.
MARG. ¿Le sacó á usted de un mal lance
según eso?
GANCHO. De un percance
de mi oficio.
MARG. ¿De qué oficio?
GANCHO. ¿De cuál? De mi profesión.
MARG. (¿Qué oficio será el de este hombre?)
GANCHO. Uno que ni tiene nombre
ni paga contribución.
MARG. ¿Y qué ocurrió?
GANCHO. Ná; que un pillo
le afanó el reló á un usía,
y uno de la policía
se le encontró en mi bolsillo;
y si he de ser á usté franco,
nunca me rebajo yo
por un mísero reló
con tapas de metal blanco.
Calunias de la *secreta*;
porque nunca falta un tuno
que quiera perder á uno
por ganarse una peseta...
á no ser que lo tomase
distraído y sin querer,
porque suelo padecer

distraiciones de esa clase.
Pero no le hay más cabal
ni más...¿eso, ¿verdaz?

MICA. Eso.

MARG. ¿Y se ha visto ya el proceso?

GANCHO. Ayer, en juicio final.

MARG. ¿Y Javier le ha defendido?

GANCHO. Como un ángel. si, señora.
¡Y qué pico! Da la hora
el barbián de su marido.
Pasándose así el pañuelo
(Pasándoselo por la frente.)
se levantó del sillón,
y hubo más expetación
que cuando brinda el Frascuelo.
En cuanto que empezó á hablar
me dí por libre, de fijo.
Lo que todo el mundo dijo:
¡qué nene! Ni el Castelar.
El fiscal, antes tan fiero,
se cayaba como un poste
detrás de aquel armatoste
que parece un burladero.
Don Javier, vale por cien...
vamos, qne lo digo yo.

MICA. Ya vé usté; cuando probó
que este era un hombre de bien...

GANCHO. Y dilo, porque es así,
y porque así ha sucedido.
Á todos ha convencido
¿es verdad? (Á la Mica.)

MARG. (Menos á mí.)

GADCHO. Se enternecieron los jueces;
y esta misma, que es más brava
que un veragüeño, lloraba
lagrimones como nueces.

MARG. Señales ciertas de amor.
Siendo su marido, es llano...

MICA. No, señora.

MARG. ¡Ya! Su hermano.

GANCHO. Tampoco. Soy su tutor.
Esta es una buena chica

que se llama Micaela,
sormente que en la plazuela
la conocen por la Mica.
Quedó huérfana á la muerte
de sus papás; yo la ví,
y me dige para mí:
«pus me encargo de su suerte.»
Y la guío y la destruyo
en todo lo regular,
porque yo soy, sin faltar,
caritativo de *suyo*.

MARG. Trasmitiré á mi marido
su gratitud. Si no ansía
otra cosa... (Despidiéndole.)

GANCHO. Todavía
otro favor.

MARG. Concedido.

GANCHO. Que se digne de aceztar
este reló. (Dándole uno con cadena.)

MICA. (Oye, gachó:
¿de quién es ese reló?)

GANCHO. (Del que salía al entrar.)

MARG. Muchas gracias á los dos.

GANCHO. ¿Vamos, Mica?

MICA. Vamos, sí.

ESCENA X.

DICHOS y JAVIER.

JAVIER. Lo que yo me presumí.
¡Buena vista te dé Dios!

MARG. ¿Cómo, de vuelta!

JAVIER. Pues, nada;
que no esperó el Tribunal
y ha quedado sin defensa
mi cliente, y le ahorcarán...
¡Por vida!...

MARG. (De todos modos
le hubiera pasado igual.)

GANCHO. Don Javier...

JAVIER. ¡Hola! ¿Usté aquí?

¿Y á qué bueno por acá?

MARG. Que te lo explique este obsequio.
Puesto que ya no saldrás,
voy á la tienda de al lado.

JAVIER. Acuérdate de pagar
la casa al portero.

MARG. ¡Ah! Sí.
Señores...
(El Gancho y la Mica saludan con una reverencia.)

JAVIER. Adios, mitad. (Vase Margarita.)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos MARGARITA.

JAVIER. Hombre, ¿por qué ha hecho usted esto?
Yo no debiera aceptar.
La defensa fué de oficio.

GANCHO. ¿Y eso qué?

JAVIER. (¿Será metal?)

GANCHO. Es oro de ley.

JAVIER. ¿Sí? (¡Diablo!)

GANCHO. Vea ustez.

JAVIER. (Y remontoir.)
¡Hombre! (Cemó sorprendido.)

GANCHO. (¿Le habrá conocido?)

JAVIER. Ha estado usted en verdad
galante. Mis iniciales
en la tapa, y además
en el dige... Es demasiado.

MICA. (¡Tamién ha sido casual!)

GANCHO. Yo me pongo ú no me pongo,
sin ponerme á reparar
en un duro más *ú* menos.

JAVIER. Tanta generosidad...

GANCHO. Y que todos semos unos.

JAVIER. ¡Hombre!

GANCHO. Y es lo natural.
Ustés viven de nosotros,
y hay que contemporizar.
(Pá haber dicho tú de un golpe
esa expresión, animal.)

MICA. (¡Adios, Merlín!)
GANCHO. Hasta otra,
don Javier, si ustez nos da
su permiso...
JAVIER. Adios.
GANCHO. Y siempre
que tenga necesidaz
de mis servicios, Amparo,
veinticinco, principal,
número sententa y ocho,
no haga nada más que preguntar
por el Gancho, y si estoy libre
por una casulidaz,
la sangre que ustez me pida
se la daré sin chistar.
JAVIER. Muchas gracias. (Despidiéndose.)
MICA. Beso á usté...
GANCHO. (Oye, tú, no beses ná.)
JAVIER. Vaya, adios.
GANCHO. Hasta la vista. (Vanse.)
JAVIER. ¿Hasta la vista? Es verdad.
No tardará en dar motivo
á otra vista en juicio oral.

ESCENA XII.

JAVIER y D. LEONCIO.

LEONCIO. ¿Pruebas, eh? Ya tengo pruebas.
JAVIER. ¡El vecino! ¡Hay tal afán!...
LEONCIO. El seductor se ha dejado
la cartera en un sofá,
y dentro de la cartera
esta carta á ese don Juan.
(Dándole una carta abierta.)
JAVIER. Letra de mujer.
LEONCIO. La mía.
JAVIER. ¿Su letra de usted?
LEONCIO. No tal;
de mi mujer, aunque un poco
disfrazada.
JAVIER. ¿Su mitad?

LEONCIO. Su letra.
JAVIER. «Querido...»
LEONCIO. Sí;
pero querido con *cá*.
Siempre lo escribió lo mismo.
JAVIER. Y la firma...
LEONCIO. Soledad.
JAVIER. ¿Se llama así su señora?
LEONCIO. No señor.
JAVIER. Entonces...
LEONCIO. ¡Bah!
Ese es un nombre de guerra;
pero á mí no me la dan.
La ortografía la vende.
JAVIER. Medite usted, que cual más,
cual menos, todas escriben
de una manera infernal.
LEONCIO. Hay otra señal.
JAVIER. Á ver.
LEONCIO. Lea usté aquí... más allá.
JAVIER. «Te espero de diez á doce.»
LEONCIO. Y él ha estado puntual.
JAVIER. Diez con *ce*, doce con *ceda*.
¡Jesús qué barbaridad!
«De diez á doce, segura
de que el bruto no estará.»
LEONCIO. ¿Lo ve usted?
JAVIER. ¿Quién es el bruto?
LEONCIO. Esa alusión personal
va conmigo.
JAVIER. ¿Está usted loco?

ESCENA XIII.

DICHOS y D. JUDAS.

JUDAS. Don Javier ¿se puede entrar?
JAVIER. (¡Cielos! ¡Don Judas!)
JUDAS. (¡Dios santo!
¡El otro aquí!)
LEONCIO. (¡Voto á San!...)
¿Es de confianza? (Ap. á D. Javier.)

JAVIER. ¿Quién?
LEONCIO. Ese intruso.
JUDAS. (Mi disfráz
me salve.
LEONCIO. Porque si no
volveré.)
JAVIER. Mejor será.
LEONCIO. Pero si es de confianza...
JAVIER. Un pasante, un oficial...
LEONCIO. Entonces, no importa.
JAVIER. ¡Bueno!
Un instante nada más.
Pérez: busque usted la causa
(Haciendo señas á D. Judas para que comprenda.)
del hurto de Fuencarral,
y cópieme usted el auto...
ya sabe usted...
JUDAS. (Atiplando la voz.) Sí; ya... ya...
(Hace que busca papeles y luégo escribe prestando atención al diálogo de los otros. Cada vez que don Leoncio le mira, él baja la cabeza y escribe vertiginosamente.)
LEONCIO. No lo dude usted; yo soy
ese bruto.
JAVIER. (Menos mal;
se conoce.)
LEONCIO. Es su manera
de tratarme.
JUDAS. (¿Qué será?)
JAVIER. Créame usted, caballero;
con toda sinceridad,
reconozco que está usted
ofuscado, que no hay tal
alevosía en su esposa
ni tal infidelidad.
LEONCIO. ¿Y esta cartera?
JUDAS. ¡La mía!
(D. Leoncio se vuelve hacia él. D. Judas escribe.)
JAVIER. Eso prueba, cuando más,
que se le cayó en su fuga
al seductor.
JUDAS. Es verdad.

LEONCIO. Bien; mas de cualquier manera
me las tiene que pagar.
Por de pronto, mire usted.
JAVIER. Billetes.
LEONCIO. Un dineral.
JUDAS. (Ocho mil reales.)
JAVIER. Supongo
que usted los devolverá
á su legítimo dueño.
LEONCIO. Pues supone usted muy mal.
JUDAS. (Adios mi dinero.)
LEONCIO. Al menos
que le cueste su maldad
el dinero.
(Arroja los billetes á la chimenea.)
JAVIER. ¿Qué hace usted?
JUDAS. (¡Bandido!)
LEONCIO. Y aún queda más.
JAVIER. ¡Caballero!...
LEONCIO. Una minuta,
su cédula personal,
su partida de bautismo,
cartas, notas... allá van.
(Arrojando á la chimenea, papel por papel, todo lo que va diciendo.)
Todo, menos la cartera.
JUDAS. ¿Para qué me sirve ya?
LEONCIO. Me vengué.
JAVIER. ¡Pobre don Judas!
JUDAS. ¡So... co... rro! (Agitándose en el sillón.)
JAVIER. ¡Fatalidad!
LEONCIO. ¿Qué es eso?
JAVIER. Nada; un vahído.
Pronto se le pasará.
(Tratando de impedir que D. Leoncio se le acerque.)
LEONCIO. Aquí hay agua.
JAVIER. El pobre tiene
una sensibilidad...
Vamos, don Ju... (¡Jesucristo!)
LEONCIO. ¡Cómo!... ¿Qué?
JAVIER. Vamos... don Juan...
LEONCIO. ¡Ah!

JAVIER. Beba usted. (Por tomar un vaso toma un gran tintero de metal.)
JUDAS. ¡Ay!
JAVIER. Un sorbo.
(D. Judas bebe.)
JUDAS. ¡Puf! ¿Qué es esto? ¡Rejalgar!
JAVIER. Le he dado tinta.
JUDAS. ¡Agua... agua!...
LEONCIO. ¡Valiente cambio!
JAVIER. Agua vá.
(Le dá la botella y D. Judas bebe y se limpia.)
LEONCIO. Vecino: yo volveré.
JAVIER. Vecino: por caridad...
LEONCIO. No me doy por satisfecho.
JAVIER. Pues yo estoy harto.
LEONCIO. Jamás
descansaré hasta qué logre
confundir al criminal.

ESCENA XIV.

JAVIER y D. JUDAS.

JUDAS. ¡Asesino, presidiario,
nihilista, filibustero,
comunista, petrolero,
traga niños, incendiario!...
JAVIER. Paciencia.
JUDAS. ¡Qué avilantez!
¡Ni huella entre esos carbones!
¡Cuántas notificaciones
han ardido de una vez!
Yo le busco; yo me pierdo...
JAVIER. No delire de ese modo.
JUDAS. Todo lo he perdido, todo...
Mas ahora que me acuerdo:
¿ha visto usted por aquí
algo que se me perdió?
JAVIER. Donde usted se disfrazó
se lo dejaría.
JUDAS. (Entrando en la primera derecha.) ¡Ah! Sí.

JAVIER. El pobre se despepita
y llora por su dinero.
Aunque bien mirado... Pero
cuánto tarda Margarita. (Saca el reloj.)
JUDAS. Nada. ¡Suerte más fatal!
¡Ah! (Fijándose en el reloj que sacó Javier.)
JAVIER. ¿Y qué, don Judas querido,
encontró usted lo perdido?
JUDAS. Creo que sí. (Mirando el reloj.)
JAVIER. Menos mal.
(Reparando en que observa el reloj.)
¿Buen relojillo, eh?
JUDAS. No es malo.
JAVIER. ¿Qué no es malo? ¿Qué ha de ser?
Más no lo puedo ofrecer
porque es regalo.
JUDAS. ¡Regalo!
JAVIER. Ya ve usted que es baratísimo,
aunque todo es oro puro.
Lo malo es si no es seguro.
JUDAS. ¿Si es seguro? Segurísimo.
JAVIER. ¿Y usted qué sabe?
JUDAS. ¡Pues no!
Desde que yo le compré,
le puedo jurar á usté
que marchó siempre al reló.
JAVIER. ¿Qué usted le compró?
JUDAS. Y carito.
De cien duros pasaría.
JAVIER. Permita usted que me ría.
JUDAS. Bueno; pues se lo permito.
Pero bromitas á un lado
y devuélvame mi alhaja.
JAVIER. ¿Qué la devuelva? ¡Ya baja!
JUDAS. Pues, sí señor; ya ha bajado.
Mi reloj.
JAVIER. Pero está loco.
¿Se atreverá á sostener
que no es mío?
JUDAS. Don Javier,
fuera bromas.
JAVIER. Poco á poco.

Tras el pasado desliz,
no me extraña que así yerre.
Mire usted bien: jota y erre.
Jota y erre, Javier Ruíz.

JUDAS. Tengamos la fiesta en paz.

JAVIER. ¿Aun pone usté algún reparo?
Jota y erre; está bien claro.

JUDAS. Sí, señor; Judas Rapáz.

ESCENA XV.

DICHOS y MARGARITA.

MARG. (Entrando agitada y descompuesta; atropellándose las palabras al salir de su boca, y pronunciando entrecortadas las frases.)
¡Qué vergüenza, Vírgen Santa!
Esto ya no tiene aguante,
y yo no soy quien lo aguanta...
aunque haya extraños delante...
¿Oye usted? Ya decidí...

JAVIER. Pero ¿á qué estás decidida?

MARG. Á no volver más aquí
en el resto de mi vida.
¡Exponer á su mujer
á semejante bochorno!
¡Jesús! ¡Si debo tener
la cabeza como un horno!

JAVIER. Pero ¿qué es ello, hija mía,
si es que no te has vuelto loca?

MARG. Ya vendrá la policía
y lo sabrás por su boca.
¡Jesús! ¡Qué escándalo!

JAVIER. Pero...

MARG. ¿Quieres saberlo? Corriente.
Voy á casa del joyero,
el de la tienda de enfrente.
«Un alfiler de corbata.»
«Aquí hay diversos caprichos
»en bichos de oro ó de plata.»
—»No, señor, no quiero bichos.»
—«Si le destina á un doctor

»lleve usté esa calavera;
»sí á un militar, lo mejor
»será esa tropa guerrera.»
—«Mi esposo no es belicoso
«y prefiero otra figura.
»¡Ah! Pues si es para su esposo
»lleve usted una herradura.»
Y aquí empiezan mis apuros.
«¿Su precio?»—«Doscientos reales.»
»Pues ahí tiene usted diez duros
»en dos monedas cabales.»
Y contesta el ganapán
echándoselas de listo:
«cabales si lo serán,
»pero el oro no le han visto.»
«¿Cómo no?»—«Ni por asomo...»
—«¿Me engaña usted?»—«¡No la engaño!»
—«Á ver estas.»—«Son de plomo.»
—«¿Y estas otras?»—«Son de estaño...»
Y así las diez del cartucho
y sin poder defenderme.
Con tal moneda ¿qué mucho
que quisieran detenerme?
(Se sienta sollozando.)
Ya estás viendo de qué modo
se me insulta y se me ultraja.

JAVIER. ¡Ahora me lo explico todo!

JUDAS. (Mirando de reojo á Javier y abrochándose.)
Yo también. ¡Adios mi alhaja!

JAVIER. ¡Los monederos traidores!

MARG. ¿Ves lo que yo te decia?

JAVIER. Es verdad, pero no llores.
(Suena un campanillazo.)
¡Dios mío! ¡La policía!

ESCENA XVI.

DICHOS, PORTERO, después D. LEONCIO, luego DOÑA BLASA.

JAVIER. No hay cuidado; es el Portero.
¿Qué hay?

PORT. Yo lo siento, señor;
pero el administrador
no me ha querido el dinero,
diciéndome muy quemado,
entre otras cosas muy graves
que ó me entrega usté las llaves
ó le entrega él al juzgado.
JAVIER. ¿Esto más, cielo inclemente!
MARG. ¿Quién ha visto tal agravio?
LEONCIO. Vecino; es usted un sabio;
mi mujer es inocente.
No más sombras, no más dudas.
Abur.
JAVIER. Espere usted.
LEONCIO. ¿Yo?
JAVIER. Ahí tiene usted su reloj,
(Dándole el reloj á D. Judas.
y aquí tiene usté á don Judas.
LEONCIO. ¡Es él!
JAVIER. (Encolerizado.) Fuera de mi casa
todo el mundo,
JUDAS. (Corriendo.) Por mí, á escape.
LEONCIO. (Corriendo tras de D. Judas.)
¡Ah vil! Como yo le atrape...
BLASA. Pero señores, ¿qué pasa?
JAVIER. He dicho que todos fuera.
MARG. Por Dios, tranquilízate.
BLASA. ¿Á mí también me echa usted?
JAVIER. Sí señora; la primera.
BLASA. ¿Y por qué motivo?
JAVIER. Al punto...
lo mando... fuera de aquí.
BLASA. No me echaría usté así
si viviera mi difunto.
(Después de echarles, cierra Javier la puerta.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA y JAVIER.

JAVIER. ¡Gracias á Dios!
MARC. ¡Que burdel!

JAVIER, Para remate y final,
arda el Código penal,
y mi título con él.
(Arrojándolos á la chimenea.)
De nadie soy defensor
desde esta prueba maldita.
MARG. ¿Ni aún del autor?
JAVIER. Margarita,
tampoco; ni aun del autor.
MARG. Entonces yo tendré á gala
el intentarlo.
JAVIER. No entiendo
de qué manera.
MARG. Pidiendo
su absolución á la Sala.

FIN.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran múmero de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.